

Revista de Ciencia Política
Pontificia Universidad Católica de Chile
revcipol@puc.cl
ISSN (Versión impresa): 0716-1417
ISSN (Versión en línea): 0718-090X
CHILE

2003
Carlos De la Torre
MASAS, PUEBLO Y DEMOCRACIA: UN BALANCE CRÍTICO DE LOS DEBATES
SOBRE EL NUEVO POPULISMO
Revista de Ciencia Política, año/vol. XXIII, número 001
Pontificia Universidad Católica de Chile
Santiago, Chile
pp. 55- 66

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

<http://redalyc.uaemex.mx>



MASAS, PUEBLO Y DEMOCRACIA: UN BALANCE CRÍTICO DE LOS DEBATES SOBRE EL NUEVO POPULISMO

CARLOS DE LA TORRE¹

DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA

NORTHEASTERN UNIVERSITY

Durante las últimas décadas se ha dado un verdadero renacer de los estudios sobre el populismo. Los trabajos recientes se diferencian de los análisis del llamado populismo clásico porque en lugar de estudiarse al populismo como un régimen ligado a un tipo particular de políticas macroeconómicas, se lo analiza como un estilo o estrategia política (Conniff 1999; Knight 1998; Weyland 1996, 2001; Roberts 1995). El objetivo de este trabajo es discutir una serie de problemas no resueltos en los debates sobre el populismo clásico que han reaparecido en los trabajos sobre el neopopulismo. Estos problemas son: 1) la relación entre el líder y sus seguidores, en especial la visión de éstos como masas desorganizadas; 2) los diferentes usos de la categoría "el pueblo"; y 3) las relaciones entre el populismo y la democracia liberal.

EL LÍDER Y "LAS MASAS"

Es interesante que pese a que muchos trabajos sobre el sector informal demuestren que las visiones sobre el desorganizado y anómico, deben ser rechazadas o al menos corregidas, muchos estudios sobre el neopopulismo continúen basándose en estos mitos. Por ejemplo, Kurt Weyland sostiene que "la gente pobre, no organizada del sector informal" (1996: 10) está disponible para la movilización neopopulista. Kenneth Roberts concluye su trabajo sobre el neopopulismo peruano con la afirmación de que "la fragmentación de la sociedad civil, la restructuración de los lazos institucionales y la erosión de las identidades colectivas han permitido a líderes personalistas establecer relaciones verticales y sin mediaciones con masas atomizadas" (1995: 113).

La persistencia de estas visiones, que surgieron con los primeros estudios sobre el populismo, tal vez se expliquen porque muchos investigadores analizan el populismo como un fenómeno excepcional. Si la política normal está basada en organizaciones, las rupturas provocadas por procesos de cambio social abrupto, que supuestamente explican por qué emerge el populismo, deben causar desorganización. Sin negar que el populismo a veces surge en condiciones de crisis, no hay que olvidar que éste también aparece en épocas "normales" (Knight 1998; Canovan 1999) y que en algunas naciones el populismo es un fenómeno recurrente de la vida política. "Los movimientos populistas –para no mencionar a los regímenes- son totalmente mundanos, hasta convencionales; no pertenecen a un universo político extraordinario que requiere un tipo de análisis o categorización excepcional" (Knight 1998: 229).

¹ Una versión de este trabajo fue presentada en la XXIV conferencia del Latin American Studies Association en Dallas, marzo 2003. Agradezco a quienes participaron en el panel y en especial a Carmen Martínez, Alan Knight y Steve Levitsky por sus comentarios.

Una segunda respuesta que explica la obstinada visión de los seguidores populistas como masas desorganizadas tiene que ver con la manera en la que se entiende a los partidos políticos. La mayoría de los científicos sociales siguen la distinción weberiana entre burocracia y carisma, y al notar que los partidos políticos populistas no se basan en la organización burocrática, inmediatamente asumen desorganización. Por esto Kurt Weyland en su influyente y excelente trabajo sobre el concepto de populismo, analiza la relación entre líderes y seguidores como “no institucionalizada y en flujo” (2001: 13).

El problema es que estas conceptualizaciones del populismo no dan cuenta de cómo funcionan los partidos políticos populistas. Javier Auyero (2001) y Steve Levitsky (2001) han demostrado que el partido peronista se organiza a través de redes informales que distribuyen información, recursos y trabajos. En condiciones de pobreza, estas redes dan acceso a recursos vitales para la sobrevivencia, además generan y revitalizan identidades peronistas. Los significados del peronismo dependen de la localización de los pobres en estas redes. Quienes están más cerca a los punteros o “brokers” tienden a aceptar la visión contemporánea del peronismo como intercambios clientelares. Quienes están más lejos de los punteros y de sus círculos de íntimos siguen viendo al peronismo como un movimiento obrero o tienen visiones más cínicas e instrumentales sobre el mismo. Para estos últimos las redes peronistas ocasionalmente distribuyen recursos mas no identidades.

Los partidos populistas ecuatorianos, al menos desde la creación de Concentración de Fuerzas Populares en Guayaquil a finales de los años 40, han construido redes clientelares (Menéndez-Carrión 1986). Estas redes se usaron para conseguir el voto en las elecciones municipales y nacionales que llevaron al poder a Velasco Ibarra. Pertenecer al CFP, considerado como una familia, creó identidades basadas en el intercambio de recursos económicos y simbólicos. Luego de la muerte de Asaad Bucaram y de Jaime Roldós a principios de los 80, cuando se restablecía la democracia ecuatoriana, muchos de estos “brokers” se convirtieron en seguidores de Abdalá Bucaram. El triunfo de éste en las elecciones de 1996 se debe en parte a las redes de su partido. La organización también explica por qué luego de la caída de Bucaram en 1997 y de la campaña de los medios de comunicación para desprestigiarlo, su Partido Roldosista Ecuatoriano sigue teniendo fuerza en muchas ciudades del país, en especial en la costa (Freidenberg y Alcántara 2001).

La organización de los pobres en redes no es un patrimonio exclusivo de los partidos populistas ecuatorianos. Partidos no populistas como la Izquierda Democrática de orientación social democrática o la Democracia Popular de ideología demócrata-cristiana organizaron redes en los barrios populares (Burgwal 1995). El clientelismo es una característica común en la forma en la que los partidos políticos trabajan con los sectores populares ecuatorianos. Estas redes distribuyen recursos, información, trabajos y también generan identidades populares basadas en la distinción entre los ricos y los pobres. La especificidad de las redes de los partidos populistas es que las categorías “el pueblo” y “la oligarquía” son construidas como categorías sociales y culturales antagónicas.

El caso que tal vez esté más cercano a la visión de los estudiosos del neopopulismo –de los seguidores como masas desorganizadas– es el de Fujimori (Roberts 1995; 1998, 2003; Cameron 1997; Cameron y Levitsky 2001; Degregori 2000; Weyland 2002). En el Perú, los partidos políticos colapsaron y Dietz reporta que los caciques no jugaron ningún papel en las épocas electorales (1998: 223). En todo caso esto no significa que los pobres estaban desorganizados.

Henry Dietz (1998) demuestra cómo, pese a la hiperinflación y al terrorismo estatal y a Sendero Luminoso, los pobres incrementaron sus redes organizativas. Si bien las demandas al Estado disminuyeron, los pobres aumentaron su participación en los grupos barriales. Este cambio de estrategias organizativas se debe, en parte, a la historia de los barrios analizados por Dietz que ya habían accedido a la infraestructura básica. Además, “el apoyo a Fujimori no se puede explicar en términos de manipulación. La opinión pública fue crítica y la ciudadanía estaba informada. El apoyo a Fujimori fue condicional y selectivo” (Tanaka 1998: 239).

Si en tiempos electorales, la imagen dominante de los seguidores de los líderes populistas se asemeja a las visiones decimonónicas del lumpen proletariado y de las masas, luego de la elección, se los ve como clientes instrumentales. En lugar de contrarrestar al trabajador organizado con el informal desorganizado, se contraponen al cliente con el ciudadano. Pese a que estas visiones corrigen las ideas de las masas desorganizadas e irracionales, no explican cómo la gente común entiende la política y por qué apoyan a los líderes neopopulistas.

Los seguidores populistas no deben ser vistos como un grupo que automáticamente responde con su voto cuando le dan recursos. Los pobres pueden abandonar una red clientelar, pueden votar de forma diferente a lo que les propone el “broker”, o pueden sentirse en la obligación de pagar un favor. La posición de los “brokers” es muy inestable y los pobres no pueden verse como una base de votación cautiva y manipulable (Burgwal 1995; Gay 1997; Cross 1998; Auyero 2001). Si los pobres pueden abandonar a un “broker”, éstos también pueden cambiarse de partido o pueden favorecer a otro político. La incertidumbre del apoyo político da ciertas ventajas a los pobres. Para que el sistema funcione, los políticos tienen al menos que distribuir recursos e información.

Los trabajos etnográficos sobre las estrategias de sobrevivencia y la política de los pobres demuestran altos niveles organizativos y capacidad estratégica para negociar con los partidos políticos y el Estado². Dado que los pobres ocupan terrenos para construir sus casas y/o venden en las calles sin permisos, viven en condiciones de marginalización y al borde de la ilegalidad. La organización es una necesidad. En palabras de John Cross, “la organización es necesaria para la regulación interna. Los invasores de terrenos tienen que dividirse los lotes. Los vendedores ambulantes al menos deben reconocer el derecho de que otros vendan en lugares específicos y deben cooperar para construir sus mercados” (1998: 35-36). La organización además permite escapar de la regulación estatal y luego negociar con los agentes estatales el proceso de regulación y legalización (Ibid: 36). Los agentes estatales, además, promueven e incentivan la organización porque no les conviene negociar con un gran número de personas que dicen representar a un grupo. Prefieren negociar con un líder que, además de ser representativo de un buen número de seguidores, sea reconocido por el Estado.

Guillermo O'Donnell (1999; 2001) ha demostrado que en las democracias recientemente restablecidas, a excepción de Costa Rica y Uruguay, los derechos civiles no son respetados. Además de ser pobres en un sentido económico y social, los pobres también lo son en el sentido legal y viven en condiciones de inseguridad y de violencia³. Dado que sus derechos constitucionales no son

² Véase los trabajos de Auyero (2001); Burgwal (1995); Cross (1998); Dietz (1998); Gay (1994; 1997); Levitsky (2001); Lomnitz (2001).

³ Véase O'Donnell 1999, 2001; daMata 1987, 1991; Márquez 2003; de la Torre 2002, capítulo 2.

respetados, los pobres dependen de los políticos y de sus redes de intermediarios para acceder a una cama en un hospital, un cupo en una escuela, a un puesto de trabajo, o a información respecto a dónde ir y a quién solicitar un favor. Los “brokers” son intermediarios entre la gente común y los políticos. Acaparan información y recursos y están conectados a redes y círculos de políticos y burócratas. El sistema funciona a través del patronazgo, las obligaciones mutuas y los regalos. A diferencia de las normas impersonales, los favores crean obligaciones personalizadas. En estos países, es difícil mantener la distinción entre las normas burocráticas y racionales y las normas informales. Las reglas y leyes burocráticas funcionan junto a redes de amigos y conocidos que hacen favores, que a veces incluyen la corrupción. En situaciones en que la reproducción social y la sobrevivencia dependen de la pertenencia a redes personalizadas, es difícil sostener la imagen del pobre como actor individual.

Este sistema que funciona a través de reglas burocráticas y de redes personalizadas obliga a que los políticos cumplan y distribuyan servicios, información y tengan los contactos necesarios para que “sus” pobres y allegados tengan acceso a sus derechos. En muchas naciones, los políticos han convertido a los pobres en los habitantes nobles y virtuosos de la patria que necesitan de su protección paternalista. Los pobres tienen necesidades y el papel de los políticos es atender, proteger y cuidar a “sus” seguidores. Muchas veces, los pobres utilizan estos discursos paternalistas para establecer lazos y contratos morales con los políticos. Éstos tienen que cumplir y probar que son los verdaderos paladines y protectores de los desamparados.

EL POPULISMO Y “EL PUEBLO”

El populismo, al igual que el carisma, como lo anota Alan Knight (1998: 231), no puede reducirse a las palabras, acciones y estrategias de los líderes. Las expectativas autónomas de los seguidores, sus culturas y discursos son igualmente importantes para entender el lazo o nexo populista.

El término “el pueblo” es profundamente ambiguo y elástico (Canovan 1984). En su discusión clásica sobre el populismo, Ernesto Laclau (1977: 165) escribió: “el pueblo es un concepto sin un estatuto teórico definido; pese a los usos frecuentes en el discurso político, su precisión conceptual no va más allá del nivel metafórico o alusivo”. Para desentrañar las ambigüedades del término “el pueblo”, es importante empezar con la observación de Laclau que “el pueblo en el discurso populista no opera como un dato primario sino como una construcción” (ms). ¿Quién está incluido y excluido en estas construcciones? ¿Cómo utilizan diferentes actores este término? ¿Cuáles son las diferencias entre los apelativos populistas al pueblo y otro tipo de discursos políticos?

En el Ecuador, el caso con el que estoy más familiarizado, el populismo es parte de la cultura política. La gente común fue incorporada a la vida política a través de su participación en redes organizadas para apoyar a líderes. Éstos articularon discursos de la lucha antagónica del pueblo en contra de la oligarquía. Los líderes y sus seguidores populistas entendieron a la democracia como actos de masas donde se aclama a los líderes y se abuchea a los rivales. La democracia también fue vivida y entendida como la ocupación de espacios públicos de donde la gente común estaba y se sentía excluida. Estos tipos de participación litúrgica fueron vistos como más importantes que el voto y el respeto a las instituciones de la democracia liberal. Al basar la democracia en formas plebiscitarias de aclamación al líder, se dificultó consolidar

estos regímenes, por lo que la historia política del Ecuador se basa en el ciclo régimen populista - golpe de Estado (de la Torre 2000).

Si bien la confrontación discursiva del pueblo contra la oligarquía ha estado presente en la política ecuatoriana desde los años 30 y 40, los grupos sociales asignados a estas categorías no han permanecido inmutables. En los años 40, Velasco Ibarra, al igual que muchos grupos de la sociedad civil, construyó los términos “pueblo” y “oligarquía” con referentes eminentemente políticos. La “oligarquía” designó a las “argollas” que se mantenían en el poder gracias al fraude electoral y el “pueblo” correspondía a los ciudadanos cuya voluntad electoral no se respetaba. Esta construcción política del pueblo excluía a quienes no podían votar por ser analfabetos y a los indígenas y afroecuatorianos que ni votaban, ni eran vistos como parte de la nación. Desde la creación de Concentración de Fuerzas Populares a finales de los años 40, la categoría “el pueblo” adquiere significados sociales (Guerrero 1994). “El pueblo” son los pobres que se diferencian de la oligarquía y de los ricos en términos socioeconómicos, culturales, políticos y de estilos de vida. Los indígenas y los negros todavía no son incluidos en la nación y en el pueblo, que siguen visualizándose como mestizos.

A partir de los años 90, los líderes del movimiento indígena y de las organizaciones negras usan el término “el pueblo” cuando hacen demandas al Estado. Exigen pertenecer al pueblo ecuatoriano pero manteniendo su cultura o nacionalidad. En el golpe de Estado en contra del presidente Jamil Mahuad en el año 2000, los líderes indígenas y los militares encabezados por el coronel Lucio Gutiérrez articulan una visión diferente de quién es el pueblo. El verdadero pueblo son los indígenas que ocupan los espacios públicos de los cuales se sienten marginados, como el Palacio de Justicia y el Congreso⁴. Los indígenas no sólo pasan a encarnar al pueblo sino son también vistos como la vanguardia de éste en las luchas en contra de la corrupción, de las políticas de ajuste estructural y de defensa de la soberanía nacional. Será interesante observar cuánto tiempo dura la alianza militar-indígena en el gobierno de Gutiérrez. ¿Permitirá esta alianza la implementación de políticas de ajuste estructural con la cooptación corporativa de parte del liderazgo indígena? O ¿se romperá la alianza y los indígenas seguirán al frente de la lucha en contra del neoliberalismo?

En países en que los políticos no sólo pretenden representar al pueblo sino que dicen encarnarlo y personificarlo, diferentes organizaciones subalternas, cuando hacen demandas al Estado, han asegurado ser el verdadero pueblo. En el Ecuador los trabajadores del sector público, los obreros, los taxistas y ahora los indígenas dicen ser “el pueblo”. Al presentarse como el pueblo sufrido y auténtico, estos grupos logran que sus demandas sean escuchadas y atendidas por los agentes estatales. Además, disminuyen las posibilidades de que se los reprima. Pero es importante reiterar que cada construcción de quién es el pueblo incluye grupos y excluye a otros que son vistos como parte de la oligarquía o son invisibilizados.

“El pueblo” no sólo implica visiones positivas. Las percepciones de las élites sobre “el pueblo” han oscilado entre el paternalismo y la hostilidad⁵. Al igual que muchos populistas, Velasco Ibarra a la vez que admiraba y alababa a su pueblo, sentía una hostilidad racista hacia los cholos y tenía visiones racistas-paternalistas acerca de los indígenas. En su texto *Conciencia O Barbarie* con-

⁴ Véase los análisis de Bustamante (2000); y Ponce (2000).

⁵ Véase el trabajo de Levine (1989) sobre las percepciones de las élites brasileras sobre el pueblo.

trasta a indios y cholos en los siguientes términos: “el indio del campo no hace males. Alimenta al país con trabajo. En cambio el indio de las ciudades es sumamente peligroso. Ha leído libros. Ha subido sin etapas. Ha invadido toda la administración... Es indelicado con los fondos ajenos. Es ratero. Rara vez alcanza a ladrón. Pero despilfarra y derrocha los dineros públicos” (Velasco Ibarra 1937: 156-7).

En Venezuela la imagen benevolente y paternalista del pueblo como masas virtuosas e ignorantes que son la base de la democracia cambió con la introducción de reformas estructurales. Durante la segunda administración de Carlos Andrés Pérez, el pueblo se transformó en “una masa no gobernable y parasítica que debía ser disciplinada por el Estado y el mercado” (Coronil 1977: 378). Coronil y Skurski (1991) analizan cómo el Caracazo fue visto por las élites como la erupción de las masas desorganizadas e incivilizadas que invadían los centros de la civilidad. Estas construcciones de los marginales como antitesis de la razón y de la civilización permitieron o justificaron la represión brutal.

Fernando Coronil argumenta que los sectores populares tenían interpretaciones diferentes. Vieron a las élites como “un cogollo corrupto que ha privatizado el Estado, saqueado la riqueza de la nación y abusado al pueblo... El pueblo ha sido traicionado por sus líderes y la democracia se ha vuelto una fachada que permite a la élite usar el Estado para sus beneficios personales” (Coronil 1997: 378). Dadas estas construcciones de las categorías pueblo y oligarquía, Hugo Chávez se constituyó y fue construido por sus seguidores como la encarnación del caudillo popular antioligárquico⁶.

¿En culturas políticas como las de Venezuela, Ecuador, Perú, Brasil, Argentina, México, Bolivia, donde los políticos, los líderes de los movimientos sociales y la gente común apela al pueblo para legitimar sus demandas, cuál es la peculiaridad de la retórica populista? ¿Si la política se basa en los apelativos al pueblo, por qué seguimos obsesionados por la categoría “populismo” que no deja de ser circular?

Una de las peculiaridades del populismo es la construcción discursiva de la sociedad como un campo antagónico y maniqueo en el que se enfrentan el pueblo y la oligarquía. Algunos populismos se basan en la polarización de los conflictos en términos políticos y sociales. El chavismo se parece a los populismos clásicos de Perón, Vargas o Gaitán por su construcción maniquea de la política y de la sociedad como una lucha antagónica entre el pueblo, encarnado en su líder, y la oligarquía. Obviamente que Chávez se asemeja a los populistas clásicos también por su nacionalismo, anti-imperialismo, glorificación del pueblo como “el soberano” y por su uso de manifestaciones masivas a favor del líder y en contra de los opositores, vistos como “los escuálidos”.

En otras experiencias populistas, como el caso de Velasco Ibarra en los años 40 o Fujimori en los 90, los términos pueblo y oligarquía se construyeron políticamente y no llevaron a la polarización social. Hay casos mixtos como la elección y corta administración de Abdalá Bucaram. Pese a que Bucaram siempre se presentó como partidario de la economía de mercado, fue visto por las élites económicas tradicionales como un intruso peligroso y un nuevo rico cuya fortuna venía del contrabando. No aceptaron su propuesta de convertibilidad económica con un nivel de inflación de alrededor del 25 por ciento. Además, tuvieron recelo de ser excluidas del reparto del pastel

⁶ Véase el excelente libro sobre el chavismo editado por Ellner y Hellinger 2003.

estatal ya que, en caso de tener éxito, Bucaram podía ser reelecto como Fujimori y Menem. Todas las acciones de Bucaram fueron leídas a través de imágenes de clase en las que el “líder de los pobres” fue visto como la encarnación de la barbarie, de la falta de cultura y civilización de los marginales. El recelo y el odio a Bucaram llevó a que las élites se librarán de él usando la artimaña legal de su supuesta “incapacidad mental” para gobernar, sin pruebas médicas sobre su locura.

El estudio de los discursos de los líderes tiene que ser acompañado por el análisis de cómo los seguidores reciben estos mensajes. ¿Se puede asumir que los seguidores aceptan las visiones de los líderes de que la política es una lucha ética y moral entre el pueblo y la oligarquía? O, como lo señala Joel Wolfe (1994), ¿usa la gente común el discurso del líder para defender sus agendas e intereses propios?

No se puede asumir que los seguidores aceptan pasivamente los discursos de los líderes, o que los discursos tienen un solo significado. Cuando investigaba a Abdalá Bucaram me di cuenta que existían varias lecturas sobre sus discursos y espectáculos públicos. La mayoría de la gente común no lo veía como el líder de los pobres que decía ser. Para la mayoría, Bucaram representaba un rechazo a sus patronos y votar por él fue una oportunidad para expresar su resentimiento u odio de clase. Para muchos “brokers”, su elección era la oportunidad de estar cerca de los centros del poder para tener acceso a recursos, servicios, información, trabajos y prestigio. Otros fueron a un espectáculo gratis en el que vieron “al loco” bailar y cantar con Los Iracundos.

Las identidades peronistas no son tan intensas y maniqueas como en el pasado. La sociedad argentina no está polarizada entre peronistas y no peronistas (Novaro 1998, Auyero 2001). Además, como lo demuestra Auyero, las diferentes interpretaciones del peronismo varían de acuerdo a la posición de los pobres en las redes clientelares. Quienes están más cerca de los brokers y su círculo íntimo ven el peronismo como intercambios clientelares. De manera similar, Degregori, Coronel, y del Pino (1998: 259) analizan los diferentes significados de ser un fujimorista en Ayacucho. “Debido a la falta de una identidad oficial, cada cual podía imaginar e internalizar el fujimorismo como les parezca”. Para algunos, tenía un lado tecnocrático ligado a los trabajos públicos. Además, tenía un lado que democratizaba las relaciones étnicas y se evidenciaba en el uso neopopulista que Fujimori hacía de la vestimenta (Degregori 2000: 55). Pero sobre todo fue un régimen autoritario y desmovilizador. Aun el fenómeno del “acarreo” en México implica al menos tres realidades diferentes. “Hay acarreados que en realidad tienen un **compromiso** (lealtad) con su líder (y, **a través de su líder, con el PRI**), hay ‘acarreados’ que han sido **coercionados** para asistir por medio del control burocrático de las fuentes de trabajo, y hay ‘acarreados’ que son simplemente gente que ofrece su presencia en mitines **al mejor postor**” (Lomnitz 2001: 310. Énfasis en el original).

EL POPULISMO Y LA DEMOCRACIA LIBERAL

El argumento de Margaret Canovan's (1999) de que el populismo es un componente esencial de la democracia es tentador. Si bien la democracia tiene una fase pragmática y administrativa, también tiene una fase redentiva. La crítica populista a las élites, los apelativos y glorificación a la gente común dan vitalidad y renuevan el ideal democrático. La fase redentiva del populismo está asociada a su glorificación discursiva del pueblo, a su estilo dirigido a la gente común, y a los

fuertes sentimientos que motivan a que gente poco interesada en la política o apolítica participe (Canovan 1999: 4-6).

Pero la redención populista también está basada en la apropiación autoritaria de la voluntad popular. Dado que los políticos dicen encarnar al pueblo y ya que no se crean instituciones para expresar la voluntad popular, los regímenes populistas tienden al autoritarismo. Además, el discurso maniqueo y la polarización social y política recuerdan situaciones de guerra. Los opositores y los creyentes en el líder se ven como enemigos y no como rivales democráticos que aceptan que el otro tiene el derecho a existir y expresar sus opiniones y demandas.

Los populismos viejos y nuevos son regímenes delegativos. Las democracias delegativas (O'Donnell 1994) no respetan los derechos civiles de los ciudadanos y los procedimientos democráticos y se basan en la idea de que quien gane la elección tiene el mandato de gobernar de acuerdo a lo que crea que es el mejor interés de la colectividad. El presidente dice personificar a la nación y, dado que se cree el redentor de la patria, sus políticas de gobierno no tienen relación con las promesas de campaña o con los acuerdos logrados con los partidos políticos que lo ayudaron a ser electo. Toda la responsabilidad de los destinos de la nación cae sobre el líder, por esto es plebiscitado constantemente como la fuente de la redención o como el causante del desastre nacional. La lógica es que el tiempo apremia y los intereses y cálculos a corto plazo caracterizan la actuación del gobierno y de la oposición. La legalidad y el basar la acción en la normatividad democrática cuentan menos que el actuar directamente en beneficio de lo que los delegados del mandato popular creen que son los mejores intereses de la nación. Al verse como la encarnación de la voluntad nacional, el presidente tiene pocos alicientes para concertar y dialogar con la oposición. Éstos no tienen más opción que actuar de forma similar al gobierno y usan mecanismos de dudosa legalidad para frenar al Presidente.

Las relaciones ambiguas y las tensiones entre la democracia liberal y el populismo deben estudiarse en cada caso. No se puede asumir como Kurt Weyland (2001: 16) que el neopopulismo tiene mejores posibilidades de coexistir con la democracia liberal que el populismo clásico. Si bien los populismos clásicos tuvieron tensiones con las instituciones liberales, es difícil defender las credenciales democráticas de Fujimori, u olvidarse de la democratización social y política que se dio con el populismo clásico. Además, el caso venezolano cuestiona la aseveración de Weyland según la cual los neopopulismos son "menos movilizadores, transformadores y redentivos que los populismos clásicos" (Weyland 2001: 16).

CONCLUSIONES

Este trabajo argumenta que la imagen de los seguidores populistas como masas desorganizadas necesita revisión. Si se busca comprender por qué una estrategia populista funciona mejor que otras estrategias políticas, el análisis de las acciones y palabras del líder deben complementarse con el estudio de las diferentes recepciones de estos discursos e imágenes por parte de los seguidores que están organizados al menos en redes. Los seguidores no son actores individuales que tienen la capacidad de interpretar los discursos de la manera que mejor les convenga. La gente pobre pertenece a redes a través de las cuales circulan recursos y significados. Para comprender por qué el populismo se niega obstinadamente a desaparecer y para comprender sus

diferentes significados, el énfasis de los trabajos que miran lo político desde arriba y desde las élites tiene que ser complementado con trabajos etnográficos de cómo la gente común vive la política.

Muchos politólogos usan los sondeos de opinión pública como único indicador de cómo los pobres ven la política. El problema es que los sondeos de opinión pública son indicadores pobres sobre la política popular. Dado que el populismo articula resentimientos y aun odios de clase, es un poco ingenuo pensar que los pobres revelarán sus visiones a extraños de clase social más alta. En Perú y Ecuador, se usa el término “voto vergonzoso” para referirse a la gran cantidad de electores que no revelan sus preferencias. En el Ecuador, tal vez por incompetencia técnica, los sondeos de opinión pública no han podido dar cuenta del fuerte nivel de apoyo a los candidatos populistas. De manera similar a 1996, cuando consideraron que Abdalá Bucaram no tenía opciones de ganar, no dieron cuenta del apoyo a Gutiérrez en las elecciones de noviembre del 2002. Los sondeos de opinión pública tampoco explican por qué grandes números de pobres salieron a las calles para manifestarse a favor de Hugo Chávez cuando bajaba su nivel de aceptación aún entre los pobres.

Como lo anota Kenneth Roberts (2003), muchos trabajos sobre el neopopulismo no han analizado los mecanismos a través de los cuales se da la movilización. Debido a que los lazos entre los líderes y los seguidores son supuestamente débiles y no están mediados por organizaciones, los mecanismos concretos a través de los cuales se movilizan los seguidores populistas no han recibido atención. Uno de los aspectos fundamentales del populismo es la movilización. Para explicarla, se tienen que analizar las organizaciones y los discursos que articulan diferentes formas de movilización. En diferentes culturas políticas y en diferentes momentos históricos los términos “pueblo” y “oligarquía” tienen significados distintos. En algunas experiencias, la confrontación es política; en otros, se da una verdadera polarización política y social. La naturaleza del populismo no puede ser predeterminada teóricamente. Varía en función de las tradiciones políticas y culturales. En sistemas políticos con una institucionalización débil o frágil como en Ecuador, la movilización y la ocupación de espacios públicos es vivida e interpretada como si fuera la verdadera democracia. Es así como las manifestaciones y movilizaciones en contra de Bucaram en 1997 y de Mahuad en el 2000, que terminaron en golpes de Estado en los cuales las fuerzas armadas no ocupan directamente el poder, fueron vistas por los partícipes y varios analistas como actos de refundación de la democracia. La movilización, la aclamación de líderes y las chiflas a los opositores, son vistas como más democráticas que el respeto a los resultados electorales y a la normativa de la democracia liberal.

En lugar de imaginarse que el seguidor populista es un individuo aislado y solitario, se lo debería estudiar como a alguien que pertenece a redes. Los estudiosos deberían explicar mejor cómo se articulan las reglas burocráticas formales con las relaciones personalizadas mediadas por redes que en algunos casos son simétricas y en otros asimétricas⁷. Larissa Lomnitz ha demostrado cómo las redes por las que circulan favores explican el comportamiento económico, político y social de las clases altas y bajas mexicanas y de las clases medias chilenas y mexicanas. En condiciones de pobreza y marginalidad, los pobres usan redes para acceder a recursos e información, y pertenecer a estas redes da identidades y significados políticos.

⁷ Véase da Matta (1987; 1991); Lomnitz (2001); Tilly (1998); Auyero (2001).

Finalmente, parecería que los intentos de desarrollar teorías generales sobre el populismo terminan en problemas. Las teorías de la modernización y de la dependencia, al conceptualizar la política como reflejo de la economía y al ligar al populismo con una fase en el desarrollo histórico de la región, no pudieron dar cuenta ni de las experiencias de los países donde se dio populismo sin sustitución de importaciones ni del renacer del populismo en los últimos procesos de democratización que en algunos casos han ido de la mano con políticas económicas totalmente diferentes a las de las experiencias clásicas.

El intento más reciente de desarrollar una teoría general del populismo de Kurt Weyland (2001) tiene la ventaja de ver al fenómeno como eminentemente político y da cuenta de experiencias populistas en diferentes períodos históricos y con diferentes políticas macroeconómicas. El problema es que Weyland conceptualiza el populismo como una estrategia política, privilegiando las acciones del líder y sin dar suficiente atención a las respuestas y acciones de los seguidores, que son vistos como masas relativamente desorganizadas. Su apego a la idea de desorganización lo lleva a contraponer la organización partidista y el clientelismo con el populismo.

La distinción entre populismo clásico y neopopulismo es también problemática. ¿Es esta una diferenciación temporal para dar cuenta de la re-emergencia del populismo en los últimos procesos de democratización? ¿O es esta una diferencia entre tipos de populismo? Kurt Weyland (2001; 2002) distingue el populismo clásico del neopopulismo por las estrategias que usan los líderes para demostrar que tienen apoyo popular y por el nivel organizacional de la política. Los viejos populismos tenderían al uso de reuniones masivas, mientras que los neopopulismos usan los sondeos de opinión. Y si los populismos clásicos estuvieran más dispuestos a construir organizaciones e instituciones, los nuevos populismos son menos compatibles con la creación de instituciones y organizaciones. El problema de esta conceptualización es que se puede encontrar un gran número de excepciones. Por ejemplo, Hugo Chávez está más cercano a los populismos clásicos y si bien Velasco Ibarra usó mítines políticos, no construyó organizaciones ni instituciones. Parecería que la distinción entre tipos de populismo de Weyland, en lugar de ayudar, confunde la investigación.

El análisis del populismo es de alguna forma circular y escapa a conceptos estrechos. Los apelativos al pueblo y la movilización popular son parte de la política. El populismo es una relación social que tiene que ver con la forma en la cual se incorporó la gente común a la política como "el pueblo", que es diferente y está en oposición con "la oligarquía". Dado que las aspiraciones democráticas siguen siendo en gran parte promesas incumplidas, el populismo es una tentación recurrente de las democracias. Se necesita estudiar las manifestaciones específicas de los populismos en diferentes momentos históricos y en diferentes culturas políticas. Tal vez, para lograrlo, deberíamos aprender a vivir con conceptos menos rígidos. En palabras de Alan Knight "las categorías rígidas deben ser reemplazadas por tendencias fluidas" (1998: 231).

El populismo tiene una serie de características que deben ser estudiadas. Los populismos nuevos y viejos se basan en la movilización de los seguidores. En lugar de asumir que el populismo no se basa en la organización, me parece que se deben estudiar los mecanismos concretos a través de los cuales se moviliza a los seguidores. La retórica populista opone maniqueamente al pueblo contra la oligarquía. La naturaleza de esta confrontación y los grupos incluidos y excluidos de estas categorías deben ser analizados. El populismo se originó como respuesta a la exclusión de

muchos de la política. La durabilidad del populismo se debe a que los pobres en varios países no tienen acceso a sus derechos. En sistemas políticos más institucionalizados donde el Estado de derecho da garantías a los pobres y donde de alguna manera funcionan las instituciones políticas, el populismo tiene dificultades para manifestarse. Es por esto que Chile y Costa Rica son en la actualidad los países en los que la tentación populista, si bien existe, no logra cuajar. Si bien el populismo tiene diferentes manifestaciones discursivas, y conlleva a diferentes niveles de polarización social en diferentes períodos y culturas políticas, éste continúa siendo recurrente en los países donde los derechos de la gente común no son respetados, pese a que la legislación los reconozca.

REFERENCIAS

- Auyero, Javier.** 2001. *Poor People's Politics*. Durham and London: Duke University Press.
- Burgwall, Gerrit.** 1995. *Struggle of the Poor. Neighborhood Organization and Clientelist Practice in a Quito Squatter Settlement*. Unpublished Ph.D. Dissertation University of Amsterdam.
- Bustamante, Fernando.** 2000. "¿Y después de la insurrección qué?" *Ecuador Debate* 49: 43-56.
- Cameron, Maxwell.** 1997. "Political and Economic Origins of regime Change in Peru: The Eighteen Brumaire of Alberto Fujimori". In *The Peruvian Labyrinth*. Edited by Maxwell Cameron and Philip Mauceri. Pp. 37-70.
- Canovan, Margaret.** 1984. "People, Politicians and Populism". *Government and Opposition* 19 (3): 312-327.
- Canovan, Margaret.** 1999. "Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy." *Political Studies* 47: 2-16.
- Michael Conniff, ed.** 1999. *Populism in Latin America*. Tuscaloosa: The University of Alabama Press.
- Coronil, Fernando.** 1997. *The Magical State*. Chicago and London: The University of Chicago Press.
- Coronil, Fernando and Skurski, Julie.** 1991. "Dismembering and Remembering the Nation: The Semantics of Political Violence in Venezuela", *Comparative Studies in Society and History*, 33 (2): 288-337.
- CROSS, JOHN. 1998. *Informal Politics. Street Vendors and the State in Mexico City*. Stanford: Stanford University Press.
- DaMatta, Roberto.** 1987. "The Quest for Citizenship in a Relational Universe". In *State and Society in Brazil. Continuity and Change*, edited by John D. Wirth, Edson de Oliveira Nunes, and Thomas E. Bogenschield. Boulder: Westview Press. Pp. 308-335.
- DaMatta, Roberto.** 1991. *Carnivals, Rogues, and Heroes. An Interpretation of the Brazilian Dilemma*. Notre Dame: University of Notre Dame.
- de la Torre, Carlos.** 2000. *Populist Seduction in Latin America*. Ohio University Press.
- de la Torre, Carlos.** 2002. *Afroquiteños Ciudadanía y Racismo*. Quito: CAAP.
- Degregori, Carlos Iván.** 2000. *La Década de la Antipolítica. Auge y Huida de Alberto Fujimori*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Degregori, Carlos Iván.** 1998. "Government, Citizenship and Democracy: A Regional Perspective". In *Fujimori's Peru: The Political Economy*. Edited by John Crabtree and Jim Thomas. London: Institute of Latin American Studies. Pp. 243-265.
- Dietz, Henry.** 1998. *Urban Poverty, Political Participation, and the State. Lima 1970-1990*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Ellner, Steve and Hellinger Daniel.** 2003. *Venezuelan Politics in the Chávez Era*. Boulder and London: Lynne Reinner.
- Freidenberg, Flavia and Alcántara, Manuel.** 2001. *Los dueños del poder. Los partidos políticos en Ecuador (1978-2000)*. Quito: FLACSO.
- Gay, Robert.** 1994. *Popular Organization and Democracy in Rio de Janeiro. A tale of two favelas*. Philadelphia: Temple University Press.
- Gay, Robert.** 1997. "Entre el clientelismo y el universalismo. Reflexiones sobre la política popular. En *¿Favores por Votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo*. Edited by Javier Auyero. Buenos Aires: Editorial Losada. Pp. 65-93.

- Guerrero, Rafael.** 1994. *Regionalismo y democracia social en los orígenes del «CFP»*. Quito: CAAP Diálogos.
- Laclau, Ernesto.** 1977. *Politics and Ideology in Marxist Theory*. London: Verso.
- Laclau, Ernesto. m.s.** *Populism: What's in a Name?* www.essex.ac.uk/centres/theostud/onlinepapers.asp.
- Levine, Robert.** 1989. "Elite Perceptions of the Povo". En *Modern Brazil Elites and Masses in Historical Perspective*. Edited by Michael L. Conniff and Frank D. MacCann, Lincoln: The University of Nebraska Press.
- Levitsky, Steve.** 2001. "An 'Organized Disorganization': Informal Organisation and the Persistence of Local Party Structures in Argentine Peronism". *Journal of Latin American Studies* 33: 29-65.
- Levitsky, Steven and Cameron Maxwell.** 2001. "Democracy without Parties? Political Parties and Regime Collapse in Fujimori's Peru". Paper prepared for presentation in the Congress of the Latin American Studies Association.
- Lomnitz, Larissa.** 2001. *Redes Sociales, Cultura y Poder*. Ensayos de Antropología Latinoamericana. México: FLACSO.
- Márquez, Patricia.** 2003. "The Hugo Chávez phenomenon: what do 'the people' think?". *Venezuelan Politics in the Chávez Era*. Edited by Steve Ellner and Daniel Hellinger. Boulder and London: Lynne Rienner. Pp. 197-215.
- Menéndez-Carrión, Amparo.** 1986. *La Conquista del Voto en el Ecuador: De Velasco a Roldós*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Novaro, Marcos.** 1998. "Populismo y gobierno. Las transformaciones en el peronismo y la consolidación democrática argentina". En *El Fantasma del Populismo. Aproximación a un Tema [Siempre] Actual*, editado por Felipe Burbano. Caracas: Nueva Sociedad. Pp. 25-49.
- O'Donnell, Guillermo.** 1994. "Delegative Democracy", *Journal of Democracy* 5: (1): 55-69.
- O'Donnell, Guillermo.** 1999. "Poliarchies and the (Un)Rule of law in Latin America: A Partial Conclusion". *The (Un) Rule of Law and the Underprivileged in Latin America* Edited by Juan Méndez, Guillermo O'Donnell and Paulo Sérgio Pinheiro. Notre Dame: University of Notre Dame Press. Pp. 303-339.
- O'Donnell, Guillermo.** 2001. "Reflections on Contemporary South American Democracies". *Journal of Latin American Studies* 33: 599-609.
- Ponce, Javier.** 2000. *Y la madrugada los sorprendió en el poder*. Quito: Planeta.
- Roberts, Kenneth.** 1995. "Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America. The Peruvian Case", *World Politics* 48 (October): 82-116.
- Roberts, Kenneth.** 1998. *Deepening Democracy? The Modern Left and Social Movements in Chile and Peru*. Stanford: Stanford University Press.
- Roberts, Kenneth.** 2003. "Populist Mobilization and Political Organization in Latin America: Historical and Contemporary Variations". Paper prepared for presentation at XXIX International Congress of the Latin American Studies Association.
- Tanaka, Martin.** 1998. "From Movimientismo to Media Politics: The Changing Boundaries between Society and Politics in Fujimori's Peru". In *Fujimori's Peru: The Political Economy*. Edited by John Crabtree and Jim Thomas. London: Institute of Latin American Studies. Pp. 229-243.
- Tilly, Charles.** 1998. *Durable Inequalities*. Berkeley: University of California Press.
- Velasco Ibarra, José María.** 1937. *Conciencia o Barbarie*. Quito: Editorial Moderna.
- Weyland, Kurt.** 1996. "Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: Unexpected Affinities". *Studies in Comparative International Development* 31 (3): 3-31.
- Weyland, Kurt.** 2001. "Clarifying a Contested Concept. Populism in the Study of Latin American Politics". *Comparative Politics* 34 (1): 1-23.
- Weyland, Kurt.** 2002. *The Politics of Market Reform in Fragile Democracies. Argentina, Brasil, Peru, and Venezuela*. Princeton: Princeton University Press.
- Wolfe, Joel.** 1994. "Father of the Poor" or "Mother of the Rich?": Getúlio Vargas, Industrial Workers, and Constructions of Class, Gender, and Populism in São Paulo, 1930-1954", *Radical History Review* 58: 80-112.